

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

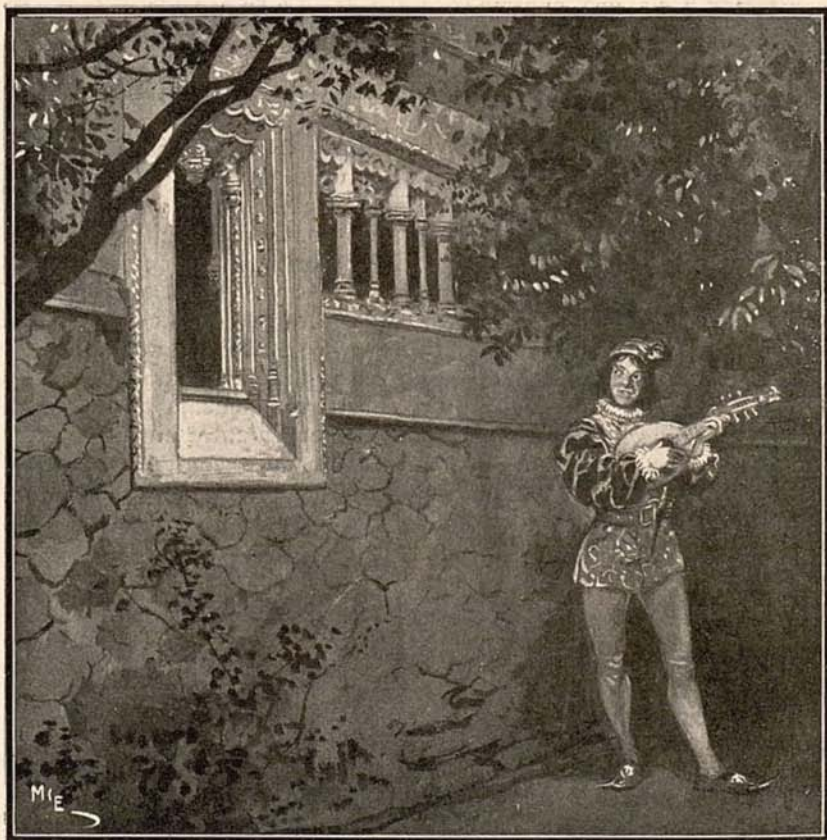


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 8 DE MARZO DE 1908

NÚMERO 10



EL SUEÑO DE LA PRINCESA

I

Si sois juiciosos y me dais palabra de estaros quietos, os contaré un cuento, un lindo cuento, que á mi vez, cuando era como vosotros, me contaron; atención, queridos amiguitos, y no me interrumpáis con preguntas.

El sol lanzaba sus últimos destellos, próximo á desaparecer iluminando de través el campo con rojiza lumbre.

Por la carretera que conduce al pueblo, en grupos unos, solitarios otros, con la azada ó la reja al hombro, y en busca del descanso, vuelven los campesinos con paso firme y ligero; la campana de la lejana torre lanza un toque grave y reposado que el viento extiende por la campiña; es la oración; un momento detienen su marcha y descubren su cabeza; luego, de nuevo emprenden el camino, pero no sin mirar con temor hacia una enorme roca que dejan á la espalda rodeada de un tupido bosque de malezas, y sobre la que se yergue imponente y sombrío un castillo medio arruinado.

El día muere; es la hora de las consejas, la hora del misterio, la hora en que, según cuentan, desde tiempo remoto se ilumina un alto ventanal del castillo y se escucha una voz dulce y doliente que entona entre el bosque una sentida trova.

A la puerta de la vieja hostería que bordea el camino real se apiña un grupo de aldeanos que va engrosando por momentos; la cosa no es para menos: una silla de postas, escoltada por algunos jinetes, cuentan que llegó hace poco, y en ella un gran duque y un príncipe; pero con ser esto mucho, es nada si se compara con lo que, al decir de los que mejor informados parecen, les trae desde sus lejanos dominios. En efecto, sentados en sillones de cuero y bajo la campana del hogar, dos relucientes caballeros se disponen á dar buena cuenta de lo que el aturdido hostelero les sirve en una mesa colocada entre ellos; Roger el cazador les está contando algo que les produce contrarios efectos, pues mientras uno, anciano de noble continente, atento al relato, no mira la mesa, el otro, rechoncho y colorado, parece no dársele un ardite de lo que escucha, atendiendo tan sólo á lo que come. El cazador relata la leyenda del castillo; los criados, temerosos, escuchan en un rincón; el príncipe devora y el gran duque es todo oídos.

—La princesa Berta duerme—dice la conseja,—duerme, mientras no la despierte un beso de amor. Ello sucedió hace mucho tiempo, mucho.

Un hermoso príncipe pidió su mano, y á celebrar sus desposorios acudió rodeado de su brillante séquito. Todas las noches, al pie del ventanal que se abría en el camarín de la princesa, cantaba dulces trovas acompañándose con un rico laúd de marfil y oro. El príncipe era moreno y gentil; las crenchas de su pelo azuleaban; sus negros y rasgados ojos sombreaban el óvalo perfecto de una cara de suave y pálida blancura; sus manos, diestras en el arco y ágiles con el acero, eran dulces y delicadas al tañer las cuerdas del laúd; la princesa, mezcla de nieve y rosa, rubia como el oro, buena como el bien, semejaba un lucero puesto en la tierra como bendición del cielo. Las bodas se celebrarían al día siguiente, y todo era alegría y gozo en el castillo y en la aldea.

Aquella tarde las hadas del bosque, invitadas por la princesa, fueron á derramar sus dones al castillo; una le dió perpetua belleza; otra, vida

larga y feliz, y otra, al verse ante ella, palideció de envidia y huyó á ocultarse en el bosque llorando de rabia y de celos, porque vió que la princesa era más hermosa que ella.

La envidia que mancha el alma deforma el cuerpo, y cuando el hada, rendida de llorar, se miró en el agua de un arroyo, quedó espantada. Sus cabellos eran grises y enmarañados; su rostro, repugnante, lleno de arrugas, y su cuerpo, seco y encorvado. El genio del mal se apoderó de ella. ¿Qué hacer para vengarse? Su poder no alcanzaba á destruir los dones otorgados por las otras hadas; la princesa sería siempre bella y disfrutaría vida larga y feliz... Sus ojos, enrojecidos por el llanto, lanzaron un destello infernal, ¡viviría, sí; viviría... pero...!

Era cerca de la media noche; las luces del castillo fueron poco á poco extinguiéndose, y sólo quedó alumbrado el alto ventanal del camarín de la princesa; el dulce sonido de un laúd salió de entre el bosque, y la voz del enamorado príncipe entonó la trova. Súbitas tinieblas envolvieron el castillo; densos nubarrones rodaron por el espacio, rasgándose en cárdenos resplandores; la voz potente del trueno llenó los valles, y el huracán furioso sacudió el bosque y la campiña, desgajando árboles y arrastrando cuanto encontraba en el camino de su desenfrenada carrera.

En la aldea despertaron aterrados por el fragor de la tormenta, pero nadie se atrevió á moverse aún más asustados al escuchar la campana de la torre que, agitada por el huracán, sonaba triste y plañidera.

Cuando el sol salió, el castillo estaba en ruinas, la maleza crecía á su alrededor, en sus agrietados muros prendía el jaramago, y todo él tenía ese aspecto de las cosas muertas y abandonadas.

FRANCISCO BARRAYCOA

Continuará.





EL NIDO

Bernardino era un muchacho alegre, de genio vivo, rápido en sus decisiones, valiente ante los peligros, sobradamente travieso y enredador por instinto; pero de un fondo excelente, piadoso y caritativo.

Una vez oyó en el campo piar á unos pajarillos, que en un árbol corpulento y alto tenían el nido. Era alcanzarlo difícil, porque se hallaba en un sitio de muy difícil acceso, y el muchacho, por lo mismo, sintió un vehemente deseo de lograrlo acto continuo. Logró trepar por el tronco después de sudar el quilo y lastimarse las manos, y se fué acercando al sitio en que oculto entre el ramaje se hallaba el ansiado nido.

Hizo Bernardino entonces mil prodigios de equilibrio, pues estuvo muy expuesto á estrellarse Bernardino; pero al cabo le echó mano, y se puso contentísimo al regresar á su casa con los pájaros cautivos. En una jaula los puso, y no habrían transcurrido dos horas, cuando vió absorto cómo acudían al sitio en donde colgó la jaula dos pájaros, que, en el pico, les llevaban el sustento á los tiernos pajarillos. Llególe al alma al muchacho esta escena de cariño; se le saltaron las lágrimas, y de esta manera dijo: —¡Abierta! dejó la puerta porque cuidéis de los hijos, y para que cuando vuelen huyan libres los cautivos!



HEROES POPULARES

EL TAMBOR DEL BRUCH

Cuando el emperador Napoleón creía tener ya dominada á Cataluña, dispuso que algunas de sus fuerzas pasaran á Valencia y á Zaragoza. Una división de unos 4.000 hombres fué á Valencia, al mando de Chabrau, y otra algo menor á Zaragoza, á las órdenes de Schwartz. Tuvo ésta última que detenerse un día en Martorell á causa de un aguacero, y los habitantes de Igualada y Manresa, escondidos entre las escabrosidades del Bruch, sorprendieron á la columna francesa. Los mandaba un tambor, el cual, redoblando en su instrumento, hizo creer al enemigo que llegaban tropas de línea en auxilio de los paisanos, y apresuraron la retirada, facilitando así el triunfo de los españoles.



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

VIII

Qué ganitas tenía de que llegase este día, para que se enteren ustedes de que su amiga Piluca sabe hacer más cosas que pegar á su hermano y tirar almireces á la calle!

Ya me ando en el catón, y me equivoco muy pocas veces. Escribo mucho, muchísimo; ¡como que pongo la mar de *emes* seguidas! También coso; estoy haciendo dos labores preciosísimas; una de ellas es una camisa para mi niña, porque la pobrecita tenía unos escalofríos atroces, y la tenía envuelta en un delantal mío; la camisa es muy preciosa, la voy á poner muchos volantes. y además bolsillos. La *miss* me ha dicho que en eso de la ropa para Baby me deja hacer lo que quiera; ¡si es más buena! Estoy decidida á hacerla una camisa preciosa; ya tengo pensado lo de los volantes y los bolsillos; ¿qué más la pondré? Botones y corchetes, creo yo que la estarían muy bien, y un fleco muy bonito que me dió mi hermana... sí, decididamente la adornaré con todo eso.

Pues al mismo tiempo voy á hacer una manta para *Sultán*. ¿No saben ustedes quién es *Sultán*? ¡Anda, pues es verdad, que no se lo he dicho...! Es el caso que mi hermano... ese que da la casualidad de que es el que siempre se lleva mis cachetes, vino un día á casa con un perrito monísimo, aunque el pobre tiene unas orejas que le arrastran; ¡qué graciosos estaríamos nosotros con unas orejas así de grandes! Mi hermano me dijo:

—Bien podía Piluca, puesto que ahora es buena, hacer un abrigo á *Sultán*, que el pobrecito tirita de un modo atroz.

—¿Pero los perros llevan abrigos?—pregunté.

—¡Ya lo creo!—dijo él.

—¿Pero gabán ó capa?

—¡Hombre! Ninguna de las dos cosas; pregúntale á la *miss* cómo se les hace á los perros el abrigo.

Como soy ya muy buena, lo hice en seguidita, y la *miss* me dijo que los trajes de los perros se llaman *mantas*; yo la dije que quería hacer una á *Sultán*, porque me parece muy bonito y porque quiero que esté contento mi hermano para pedirle que me compre otro almirez; no para tirárselo á nadie, no, sino porque no puedo guisar, y Baby está sin comer. Y es que soy tonta; sí, señor, tonta del todo; yo debí tirar á la calle una plancha, porque tengo dos, y, en cambio, almirez no tenía más que uno.

Ya tengo preparado todo lo que hace falta para el abrigo de *Sultán*; pero como vuelva á hacer lo que el otro día, le dejaré que se hiele. ¿Que el qué hizo? ¡Una friolera! Cogió á Baby con los dientes por los tirabuzones, y si no llego tan pronto, la deja calva. ¡Pobre Baby! ¡Cómo lloraba! Yo la consolé, dándole muchos besos y un bizcocho; pero no quiso comer y tuve que comérmelo yo.

¿Les parece á ustedes que sé pocas cosas? Pues todavía no tengo más que cinco años y medio.

¡Ah! También sé decir: *Thankyon*, cuando me dan algo; *Yés*, cuando me preguntan si quiero ir á paseo; *Au revoir*, cuando me despido para acostarme; *Bon jour*, cuando me levanto. Cuando me dicen: ¿Cómo estás, monina? Digo: *Sehr gut danke*. Si me preguntan que si estoy contenta con aprender tantas cosas, sé responder: *Zu viel; aber spielen mehr als studieren*.

¡Me parece que no puedo ser mejor ni más aplicada!

Pues, á pesar de que ya no rabio más que dos ó tres días á la semana y de que la *miss* me quiere mucho y yo á ella, me resultaba mejor cuando no me hacían estudiar, porque me parecen unas palabras muy raras.

Y además que no puedo guisar casi nada, que es lo que más me gusta.

Nada, nada, desde mañana voy á decir á la *miss* que quiero hacer más comiditas, y, en cambio, saber menos cosas extrañas. Yo creo que no me regañará por eso. ¿Verdad que no me regañará?

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO





COLON DESPIDIENDOSE DEL PRIOR DE LA RABIDA AL PARTIR PARA EL NUEVO MUNDO

CUADRO DE R. BALACA

El ilustre genovés, que fué ofreciendo de corte en corte un mundo y vió calificada de locura aquella empresa, que era entonces su sueño y hoy constituye su gloria, tuvo el consuelo de hallar en España un cariñoso amigo y un protector decidido de sus proyectos. Este hombre fué el prior del convento de la Rábida Juan Pérez de Marchena. A aquel monasterio, situado en las cercanías de Huelva, llegó Colón fatigado y hambriento pidiendo hospitalidad, y allí encontró caridad para su cuerpo y para su alma en la amistad y protección del famoso prior. Al partir para su glorioso viaje del puerto de Palos, en Agosto de 1492, se despidió afectuosamente de su generoso protector, el P. Juan Pérez de Marchena.



LA PERDIZ

Apenas empezó á clarear el día, una hermosa perdiz abandonó su lecho de oloroso romero y procedió á pasearse por la ladera del monte. Era la tal un tanto orgullosa. Pensaba que ninguna de sus compañeras tenía su gallardía en el andar, su maestría en el volar y su celeridad en el correr. Desde que un día vió copiada su imagen en un arroyo, creyó que no había en el mundo perdiz capaz de competir con ella en hermosura. ¿Cuál de sus compañeras tenía tan hermoso el rojo pico y tan ágiles las encarnadas patitas...? ¿Cuál ostentaba sobre su cuerpo tan lujosas plumas rojizas...? ¿Cuál tenía tan limpio el color gris ceniciento de su pecho y de su vientre...? ¿Cuál, tan inmaculadas las blancas plumas de la garganta y tan negras las del collar...?

Llena de estos vanidosos pensamientos, iba caminando al azar, ya picando las hojuelas de la menuda hierbecilla, ya buscando entre el césped algún gusanillo, cuando vino á herir sus oídos el penetrante canto de un macho. Era el naciente día uno de los primeros del risueño Abril, y, como por este tiempo entran estas avecillas en la época del celo, nuestra heroína corrió á su encuentro guiada por su canto.

Corriendo y corriendo llegó al fin tan cerca de donde estaba el macho, que éste parecía cantar á su lado. Entonces se agachó instintivamente, y se acurrucó entre la áspera hojarasca de una chaparra. De súbito recordó haber oído á las perdices viejas, que algunas aves de

su casta, puestas en jaulas al servicio del hombre, cantaban para engañar á sus incautas compañeras, y, al pensarlo, sintió un escalofrío de terror. Pero esto fué momentáneo. Sus pardos ojuelos inquirieron á su alrededor... ¿Se veía algo sospechoso...? No, por cierto... A su espalda y sobre ella, la chaparra; á su derecha, un tupido jaral; á su izquierda, un verde pradecillo en cuyo centro crecía una retorcida y enana carrasca; y á su frente, una encina, junto á cuyo tronco había un montón de retamas. Pues ¿por qué temer...? Se burló de la experiencia de sus viejas compañeras, y atraída por el macho que tentador é insinuante continuaba cantando, se lanzó al pradecillo saltando graciosamente.

Pero cuando iba más descuidada, tropezaron sus ojos con el traidor reclamo puesto sobre unos pedruscos, y no había vuelto de su asombro cuando un tiro retumbó en el espacio, y medio oculta por el humo vióse cómo la infeliz caía sobre la hierba agitando en el aire sus encarnadas patitas, mientras dos ó tres hilillos de sangre se deslizaban por el ceniciento plumaje de su pecho...

Por un hueco del montón de retamas—que era un punto de espera—asomaba todavía el humeante cañón de una escopeta, y, apenas extinguido el estruendo del disparo, el reclamo, como animado por la presencia de la difunta compañera, tornó á su fuerte y áspero canto, con más alegría que antes, burlándose, al parecer, de la insensata que murió por fiarse más del atolondrado apetito que de la prudente experiencia...

José A. LUENGO



EL MONASTERIO DE YUSTE



ESCUDO DE LA MURALLA

El monasterio de Yuste, cuya celebridad viene de haber sido el retiro del emperador Carlos I de España y V de Alemania cuando abdicó la corona, está situado en la provincia de Cáceres, partido judicial de Jarandilla, y término de Uacos.

Según la tradición, este convento, llamado de Yuste por estar inmediato al arroyo del mismo nombre, fué fundado en 1402 por unos vecinos de Plasencia en el sitio que ocupaba una antigua ermita de San Cristóbal. A los cuatro años les concedió el Papa bulas para regirse por la regla de los monjes Jerónimos,

y desde entonces fué el monasterio engrandeciéndose hasta constituir una hermosa fábrica de gran suntuosidad, como todavía puede verse por los fragmentos que quedan.

No fueron solamente las injurias del tiempo las que destruyeron tanta magnificencia como el monasterio y el contiguo palacio del Emperador tenían, sino que fué incendiado y destruído bárbaramente por los franceses en 1809.

Ha sido restaurado por su actual propietario, el marqués de Miravel.

Aún conserva la iglesia sus bellas proporciones y un magnífico altar mayor que terminó en 1587 Juan de Segura.

Lo más interesante de este edificio es la parte de la morada del Emperador durante



EL PALACIO DE CARLOS V



CLAUSTR0 DEL MONASTERIO

palacio que allí habitó el Emperador era un soberbio edificio admirablemente situado, pues tenía hermosas vistas á uno de los sitios más pintorescos de España y le rodeaban magnífica huerta y frondosas arboledas. Carlos V dedicábase á las prácticas religiosas en unión de los monjes Jerónimos; pero no vivía en la austeridad de una celda, sino rodeado de servidores, y desde su retiro daba á menudo consejos al Rey, su hijo, sobre los asuntos de Estado.

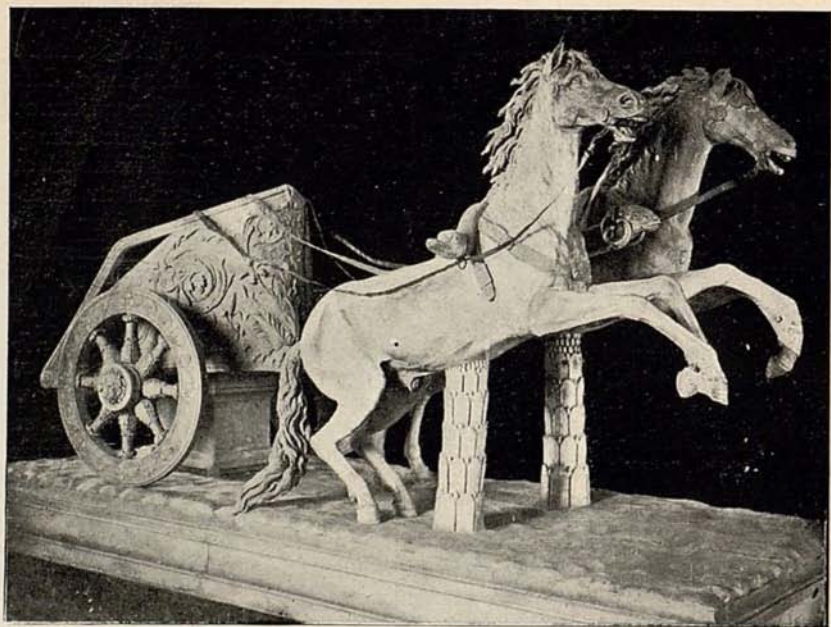
Era aficionadísimo Carlos V á los instrumentos mecánicos, sobre todo, á los relojes, y Juan Turriano (*Juanelo*), mecánico de Cremona, le secundaba en sus trabajos. Desde su alcoba podía ver, por una ventana, el altar mayor de la iglesia, pudiendo asistir así desde su lecho de enfermo al santo sacrificio de la misa, como Felipe II en el monasterio de San Lorenzo

En Yuste se ve suspendido en un muro un féretro de madera, en el cual se cuenta que Carlos V estuvo mientras se celebraban en vida sus funerales; pero está demostrado que esto de los funerales en vida fué una leyenda. Aquel féretro es el que contenía la caja de plomo que encerró los restos del Emperador, que permaneció en Yuste hasta el año 1574 que fué trasladado al panteón de los reyes de El Escorial donde hoy se encuentran.

su retiro, situado á la parte Sur del monasterio. A los cincuenta y siete años de edad, después de abdicar en Bruselas la corona de España en favor de su hijo Felipe II, el 3 de Febrero de 1557, entró Carlos V en Yuste, donde permaneció hasta su muerte, ocurrida en 21 de Septiembre de 1558. El



FÉRETRO DE CARLOS V



LA BIGA DEL MUSEO DEL VATICANO

Los romanos adoptaron muchos de los juegos olímpicos griegos, y entre ellos las carreras de carros en el circo. Eran los carros romanos de dos ruedas en un principio, enganchados á dos caballos, luego á cuatro y rara vez á tres; según el número, el tiro de caballos se llamaba *biga*, *triga* ó *cuadriga*.

Algunas veces se emplearon seis, y Suetonio refiere que Nerón corrió en unas carreras guiando 10 caballos á la vez. Al principio competían dos carros; pero en tiempo de Calígula corrían cuatro en cada carrera, y hubo día en que se efectuaron 24.

La distancia que habían de recorrer era de unas cinco millas, que eran siete vueltas al circo, á lo largo del cual se extendía la *spina*, que era un muro de mampostería de poca altura con obeliscos, estatuas y otros adornos, entre los cuales había siete delfines y siete objetos ovoideos que se iban retirando uno por uno á cada vuelta de los carros, para que los espectadores se pudieran dar cuenta en todo momento del estado de la carrera.

La *biga* que figura en esta página se conserva en el Vaticano, y da nombre á una de las salas, en cuyo centro se encuentra. Subiendo las gradas de una magnífica escalera de mármol, profusamente decorada de columnas clásicas, se llega á la citada sala. El carro de mármol, decorado con elegantes rehenes, nos recuerda los que usaban los romanos para las carreras de los juegos atléticos del estadio.

QUEN MAL ANDA...



Juanito, holgazán empedernido, se pasaba la vida haciendo novillos y pensando diabluras.



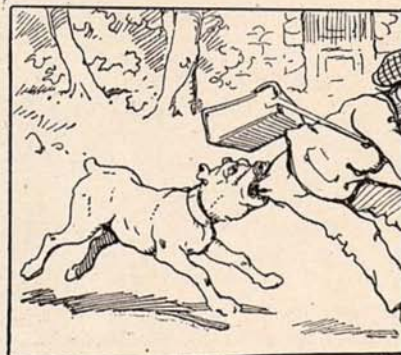
Se mete en un corral, y con un palo asusta y persigue á los inocentes por iluelos.



Por lo que el gallo padre, que tenía mal carácter, le dió un picotazo en el cogote *super*.



Para comerse unas manzanas muy ricas, entra en el huerto de un vecino.



El perro del hortelano, fiel cumplidor de su deber, se le viene encima y le da lo *suyo*.



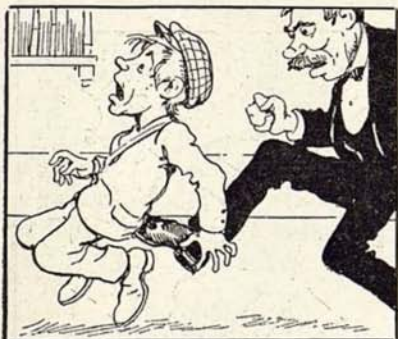
Necesitando dinero para sus vicios y diversiones, vende los libros de texto.



Compra un puro de quince, y á las primeras chupadas se pone tan malo, que se da por muerto.



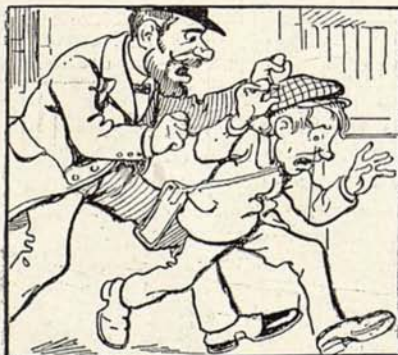
Otro día, jugando al billar, quiere picar bajo y hace en el paño un siete atroz.



Enterado el dueño del local, le arroja de allí, empleando argumentos de punta y tacón.



Por disparar con el tirador á un pájaro, rompe un farol, y los del Orden le llevan á la delega.



De donde le saca su padre, y se le lleva á casa á fuerza de cachetes y de pescozones.



Y en Junio, para final,—según veréis por las trozas,—le dan unas calabazas—de tamaño natural.